

Personal político y coaliciones legislativas recientes: un perfil sobre el macrismo

Martín Armelino y Mariana Gené

De cara al último año de gobierno de Mauricio Macri, tres temas marcan la arena política: la crisis económica, las elecciones generales, y las operaciones cruzadas entre la oficina de inteligencia del Estado y el Poder Judicial que buscan condicionar la fortuna de la dirigencia política. Las cavilaciones de políticos y analistas sobre escenarios alternativos de gobierno no pueden ya sortear el muro de recesión económica, espiral inflacionaria y ahogo financiero levantado en estos años. Crece, asimismo, el malestar social por las restricciones al consumo popular, el aumento del desempleo y la pobreza. ¿Costos de una reintegración al mundo tras una década de farsa populista? ¿Costos de una mala administración que carece de *expertise* política? Lejos han quedado las consignas de pobreza cero, combate al narcotráfico y unidad de los argentinos que en 2016 la alianza Cambiemos instaló en la agenda cotidiana como estandarte de su mentado buen gobierno. Lejos, también, han quedado las novedades que entonces alzaba el nuevo presidente, surgido de un partido también relativamente nuevo como PRO, y que parecía confirmar con su triunfo nacional una voluntad generalizada de cambio. Entre ellas, la de su personal político en la cumbre del Poder Ejecutivo (un gabinete conformado por una cantidad inusitada de expertos de empresa, ajenos a la política y al Estado), y la de su política de alianzas en el Congreso Nacional (el armado de coaliciones legislativas para poder gobernar con minoría parlamentaria frente a una oposición con la misma vocación aliancista para obstaculizarlo, tal como establece la regla de un gobierno dividido en los sistemas presidencialistas).

Todo análisis de coyuntura conlleva limitaciones. Estos artículos fueron preparados durante el primer semestre de 2018, en su mayoría presentados en el marco de las VII Jornadas de Estudios Políticos de la Universidad Nacional de General Sarmiento, discutidos en agosto del mismo año y publicados ahora. Refieren al gobierno de Cambiemos y ese gobierno ha atravesado varios momentos: el primero, cuyo espíritu reflejan bastante estos trabajos, estuvo atado a la novedad de Cambiemos en varios frentes; el segundo ha sido el de la revalorización, marcada en particular por el éxito en las elecciones legislativas de 2017; y un último momento, iniciado en 2018, presenta más

sombras que luces: una política económica dependiente del acuerdo con el FMI, sucesivas corridas del dólar, endeudamiento externo, recesión económica, aceleración inflacionaria, incremento de los índices de desempleo y de pobreza, denuncias de corrupción que recaen también sobre funcionarios y allegados al entorno presidencial, descontrol sobre la agencia de inteligencia del Estado y solapamiento entre Poder Ejecutivo y Judicial que desgastan, cotidianamente, la legitimidad del gobierno.

Este dossier está conformado por cuatro artículos que ofrecen un perfil sobre el macrismo en distintas escalas (desde los comuneros como experiencia de participación ciudadana en la Ciudad de Buenos Aires hasta los ministros o los parlamentarios de Cambiemos) y que se acercan al presente de modo exploratorio: contemplando el derrotero de los CEOs desde la exaltación inicial hasta el cuestionamiento por la crisis y el acuerdo con el FMI; analizando el proceso parlamentario de un gobierno en minoría, desde la aprobación de proyectos elaborados en el seno del Poder Ejecutivo hasta aquellos que debieron renegociarse para su sanción o que debieron vetarse; exponiendo los avatares de una de las agrupaciones internas de PRO al llegar al Estado y toparse con su especificidad y sus múltiples “limitantes”. De este modo, el dossier escapa a un análisis exhaustivo del recorrido del gobierno en estos tres años, entre otras razones porque aún está en curso y el recorrido de su gestión dista bastante de ser lineal. Ofrece, en cambio, algunas claves para comprender determinadas tendencias trazadas por esta gestión, su fisonomía, sus estrategias de construcción de poder, su desempeño de gobierno.

Ahora bien, ¿por qué nos referimos al “macrismo” y no a Cambiemos en el título del dossier? Como muchos políticos y analistas, sostenemos que la marca de este gobierno está en el liderazgo de Macri al frente del Poder Ejecutivo, en el acceso de PRO a la arena nacional, en los cuadros empresarios asociados con el Presidente y su partido, en los de las ONG reclutadas y puestas en valor por el PRO antes que por sus socios de alianza (la Unión Cívica Radical o la Coalición Cívica), y en sus estrategias de comunicación y segmentación de votantes. Referimos al macrismo, incluso, en términos legos para aludir al proyecto político encabezado por Macri en el distrito de la Capital Federal del país, desde 2003, y que llega al gobierno a fines de 2015 con el sello de un porvenir novedoso de gestión política, de gobierno, de Estado y de sociedad, en suma, un proyecto de “cambio cultural”.

Los artículos de este dossier no muestran que tal cambio haya ocurrido; por el contrario, atienden a la gravitación del partido de gobierno por sobre sus socios en la toma de decisiones, que emanan del Poder Ejecutivo, o en la definición de sus alianzas con los gobiernos provinciales oficialistas u opositores. En ese sentido, resulta muy instructivo uno de los artículos que se concentra en el período previo a la creación de Cambiemos y que analiza una institución de gobierno local en ciernes –las comunas– en la Ciudad de Buenos Aires, echando luz sobre algunas de las concepciones de la política y de la administración que son a esta altura la marca registrada de PRO, no de Cambiemos. En rigor, el único artículo referido a la alianza de PRO con UCR y CC analiza la gestión oficial de la política legislativa pero, incluso en este trabajo, la dinámica de coalición se desplaza desde el oficialismo hacia los demás actores partidarios, dado que la alianza gobernante no afrontó tensiones internas que amenazarán la estabilidad del gobierno. La indagación sobre las circunstancias y condiciones en que se aprobaron algunas de las leyes más importantes para el gobierno se traslada a la dinámica de negociaciones con una oposición muy dividida entre distintos peronismos y otros partidos provinciales.

Asimismo, los artículos se insertan en el marco de aquella novedad de gobierno, aquel cambio cultural con que la administración de Macri pretendió trastocar la dinámica política sedimentada tras una década larga de gobiernos populistas, con la estirpe de una épica militante que actualiza una relectura de la historia argentina rescatando del olvido las luchas sociales y políticas que jalonaron la biografía colectiva de los sectores populares. Muestran cómo el nuevo gobierno procuró darle un corte drástico a lo que despectivamente denominó “el relato”. El corrimiento de ese velo, por cierto, reemplazó un relato por otro, en el que la nueva presentación de sí se asociaba a la gestión, a los vínculos con el mundo (de los grandes centros financieros), al sector privado eficaz y eficiente, a la modernización como entelequia de un futuro anhelado y en detrimento (e incluso en contra) de un pasado ominoso. Con este foco se proyecta el artículo sobre la politización de los CEOs y las controversias de su desempeño en el Estado, al reconstruir el perfil bifronte de este nuevo personal político, reivindicado por sus aires de familia con el mundo de la empresa y de la sociedad en general, como algo opuesto y alejado de la política y del Estado, y cuestionado en espejo precisamente por sus limitaciones para interactuar con la burocracia pública y reconocer las fronteras porosas entre Estado y sociedad. El derrotero allí analizado pone de

manifiesto un aspecto de la ideología con que la narrativa macrista justifica sus decisiones y visiones de mundo.

El dossier también apunta algunos trazos para comprender cómo se altera la mirada sobre el gobierno y la política una vez que se empieza a gobernar. ¿Cómo conciben el Estado los miembros del macrismo? ¿Qué argumentos ofrecen para ocupar sus estructuras burocráticas? ¿Cuáles movilizan una vez instalados? Frente a la distancia y el desconocimiento de la administración pública que caracteriza a los cuadros empresarios, el artículo sobre la agrupación “La Generación” nos presenta a un conjunto de cuadros jóvenes cuya única trayectoria laboral transcurre en el Estado. Una vez en el gobierno, sus miembros objetan los procesos burocráticos, la ineficacia en el registro de las distintas políticas públicas, la capacitación insuficiente del personal. Sin embargo, reivindican su capacidad para “motivar” a ese mismo personal y la necesidad de aprender a lidiar con él, al tiempo que sortean de modo pragmático las tensiones que pueden tener lugar en el seno del aparato estatal entre agilidad y transparencia. Los obstáculos encontrados en la práctica son respondidos con parte de la “caja de herramientas” del macrismo: una modernización aportada por la digitalización y una apuesta discursiva a la negación de la “vieja política”.

Ya inmersos en un año electoral de recambio general de los elencos dirigentes, los trabajos que se reúnen aquí cobran nuevos significados. En el momento en que se publican, Macri y PRO (por encima de Cambiemos) son cuestionados en su capacidad de gobierno, incluso porque se conocen cortocircuitos profundos entre el ala política que conforma Cambiemos y el ala más estrecha de los dirigentes “PRO puros”. En cierto sentido, en el medio del océano, Macri advierte que necesita políticos para alcanzar con éxito sus iniciativas y al fin de su gobierno ha quedado por lo menos borroneada la fisonomía de unos gerentes exitosos que conquistan el Estado para transformarlo de una buena vez y para siempre. El trabajo sobre los CEOs recuerda que esa impronta gerencial y apolítica mostró bastante rápido sus limitaciones y, acaso en particular, los contrastes ideológicos de estos universos distantes. Esas limitaciones y contrastes persisten. Algunos de los dirigentes políticos que han sido centrales en la marcha cotidiana de este gobierno anuncian su partida

de cara a las elecciones de 2019. ¿Quiénes ocuparán sus cargos? ¿Nuevos gerentes? ¿Los mismos gerentes pero ahora con más experiencia política? Hay allí algo que el macrismo no termina de resolver y solo tras la contienda electoral sabremos si tiene tiempo o no para definirlo.

Eso también se traslada a las coaliciones legislativas cuando los gobiernos carecen de mayoría parlamentaria. La trayectoria de una gestión parlamentaria relativamente exitosa que registra el trabajo de Corral y Foresti está en suspenso durante el año 2019 y con su distribución del parlamento. La coyuntura electoral aplaza la agenda del Congreso, en parte porque la maquinaria política puesta en marcha para los comicios no tiene un único sentido y, si lo tuviera, no es el que cualquier gobierno en un Estado federal desearía (coordinar la agenda electoral de los gobiernos provinciales). En las provincias hay conflictos para cerrar las listas, se desdoblan las elecciones contra la voluntad del presidente y su mesa chica, y ya se producen incluso algunas rupturas. Como consecuencia, se proyecta sobre el parlamento por venir mayor fragmentación, o al menos la puesta en duda de cierta cuota del poder de Cambiemos en ese ámbito.

Otro tanto ha ocurrido con la inversión en los jóvenes y su involucramiento en esta gestión como una expresión más de renovación. Las urgencias del corto plazo han sumido al gobierno en la resolución de esos problemas y lo que importa es resolverlos al margen de si quienes lo hacen son jóvenes o no. Es cierto que el Jefe de Gabinete es uno de los cuadros más jóvenes del séquito presidencial, pero nadie asocia a Marcos Peña con la renovación de la política, o por lo menos no se lo hace desde que accedió a este cargo. No se trata de discutir la vocación por el compromiso de los jóvenes con la política y con la idea de un cambio asociada a ella. Pero, como nos ha enseñado hace ya casi una centuria el bueno de Max Weber, la vocación por la política es una asociada al liderazgo y al talento político para construir poder, ejercerlo responsablemente y poder justificar la envergadura de sus decisiones, con el espíritu de la juventud o la sabiduría de la madurez. Sabemos, también entre otros por Weber, que la madurez política exige capacidad y experiencia que rápidamente deja a un lado a los neófitos. ¿Cuán importante es, en la coyuntura crítica de 2019, la participación de los jóvenes en política? ¿En qué medida no forma parte de una de las tantas estrategias de acumulación político-electoral que no pasa la frontera de la periferia política?

Son, por supuesto, cuestiones abiertas, interrogantes para seguir pensando la política en un tiempo de transformaciones aún en marcha y más allá de la realidad nacional y regional. No obstante, en una segunda vuelta de este dossier sería indispensable centrarse en el estudio sobre el Estado y las formas de abordarlo en estos años, más allá del necesario balance sobre sus capacidades burocráticas y posibles reformulaciones. También sería fundamental encarar un análisis más estructural que vincule aspectos de la estrategia de crecimiento trazada por este gobierno y sus vinculaciones con los actores económicos nacionales e internacionales, el tipo de apoyos políticos sostenidos y las formas de la movilización política asumidas en esta coyuntura, para la cual resulta comunicativamente ubicua pero políticamente limitada la sola referencia al individuo emprendedor, hacedor de su propio destino.